

# Las espaldas del arte

Las espaldas del arte son anchas, en ellas vemos reflejado el verdadero sentido con que la plástica proyecta al hombre a través de este devenir de unidad abstracta que es el tiempo.

Al hablar aquí de «las espaldas del arte» no lo hacemos en sentido despectivo, ni menos de inhibición, sino para justificar esta misión fundamental que instintivamente va realizando el hombre, como poseedor de «tiempos» en el espacio intenso de la trascendencia como milagro creador. El hombre no puede vivir de «espaldas al arte», sino que debe vivir con «las espaldas del arte». Esto a simple vista puede parecer una afirmación de perogrullo, pero todo aquel que tenga sentido de responsabilidad, verá en la misma el inicio de todo conocimiento inmediato con el ambiente que toca vivir a unos hombres determinados. Este determinismo es un término más de la relación en que vivimos con lo esencial y clasificativo de otros tiempos a la vez que de otros hombres que justificaron una postura o posturas.

El hombre prehistórico no vivió de espaldas al arte, sino que sintió en las representaciones plásticas que nos ha dejado una satisfacción, un ser «hombre completo», gracias a que sus reproducciones instintivas fueron inicio de una relación necesaria, con la esencia de sí mismo, con aquello que desconocía tras de sí. La mentalidad de aquellos hombres fué un enigma para ellos y lo es para nosotros. ¿Son en verdad hombres «prehistóricos» o «entrehistóricos»? Prehistoria es la ciencia que trata de lo acontecido al hombre antes de la historia. Entrehistoria son los períodos en que el hombre, debido a cataclismos físicos se embrutece, e inicia con fuerza primitiva, desbrozada de prejuicios, una nueva justificación de sí mismo. El hombre superior aparecería en el alba de los tiempos. Cataclismos sucesivos doblegarían su cerviz hasta convertirlo en un hombre primario, arruinado por su am-

biente. Escribimos esto bajo el peso del recuerdo de Tihuanaco la misteriosa ciudad allá en Chile, enclavada a casi 3.000 m. de altura, cuya incógnita no ha podido ser despejada, tan fuerte como sus muros ciclópeos.

El hombre románico es el resultado del esfuerzo de una cultura arruinada, la romana, y la sangre vital de unos pueblos vírgenes, primitivos, que avanzan por Europa con la antorcha de la guerra, purificando los últimos coletazos de depravación en que había caído la grandeza de Roma. El hombre románico vive en «las espaldas del arte», y el ensimismamiento de sus figuras emerge de esta lucha consigo mismo, entablada contra el germen de barbarie que, como resaca retardadora, detenía su emergencia vital.

A pesar de que Dalí haya dicho «que nada ha habido más desastroso en la historia del arte que la pintura románica», nosotros sostenemos que la misma no «pudo» ser de otro modo, ya que la cultura románica es fruto de la victoria del ensimismamiento, sobre este sentido demasiado físico de la necesidad inmanente del «subsistir».

En el hombre del renacimiento, renacer quiso significar volver a los clásicos, cuando en realidad clásico es aquel hombre, aquella cultura o aquella sociedad, que vive con un mínimo de problemas. La interpretación errónea del problema del renacimiento la suscribe Ortega en su libro «En torno a Galileo» cuando dice que el renacimiento fué en verdad un período de crisis. Iba a alumbrar el hombre nuevo. Descartes y Galileo darían verdadero sentido a la palabra modernidad, contraponiendo sus ideas, contraponiendo mejor, su «razón» al concepto de desconfianza en sí mismo, del hombre de la Edad Media.

En «las espaldas del arte» encontramos también al hombre del renacimiento pero quizá le encontremos en unas espaldas que no son las suyas. Esta mo-

dernidad de la que hablamos, quizá donde menos se testificó fué en el arte, ya que, entre lo que fué crisis y lo que era ya modernidad definida, el arte avanzó de una forma más reposada. Quizá esto sea señal de que el hombre no es tan distinto como suponemos sino que vive en un basculante histórico del que es muy difícil hacerle emerger, de forma que se defina totalmente a la inversa.

Desde luego, entre una obra de Miguel Angel, de Leonardo de Vinci, de Rafael de Sanzio, de Tintoretto y de Velázquez hay indudablemente una gran diferencia, pero está consiste sólo en el valor individual del artista, en la idea formal que de la estética pueda tener exceptuando empero a Velázquez. Indudablemente Velázquez es el más grande de los pintores modernos. Puede cedearse con Descartes y Galileo —eran contemporáneos—. Galileo, el precursor de la modernidad, nacido en 1556, muerto en 1643. Descartes y Velázquez pertenecieron a una misma generación, el primero nació en 1596 y en 1599 el segundo, murieron respectivamente en 1650 y 1660. Descartes representó la razón en el pensamiento; Velázquez fué en pintura quien descubrió el ambiente, los volúmenes físicos y «razonados» de la organización del cuadro.

El hombre contemporáneo vive en «las espaldas del arte». Estas son anchas, y señalan ya entre nosotros una nueva crisis. El hombre se encuentra ya limitado en las creencias de la modernidad; el hombre vuelve a tener problemas; el hombre esta en crisis y desesperado. De ahí las obras de Sartre, Camus, Malraux, Beauvoir y el clarinazo de las obras de Ortega, Heidegger, Jung, Marcel entre otros. El arte en una ebullición sistemática, redime lo que hasta el momento había sufrido el máximo desprecio, la materia. Es una revolución o evolución física de procedimientos, es un fijarse en los profundos valores de nuestro mundo material, cuyo espíritu había estado tantos siglos oculto. Se intenta alcanzar la luz y la esperanza entre la locura, y el embrutecimiento del hombre, cuando éste ha perdido ya la fé en los principios tradicionales. De esta luz y esta esperanza debe salir un nuevo concepto de justificación, y una proyección indudable del hombre consciente de sus propios valores espirituales conquistados estos con el nuevo símbolo de nuestro siglo, el esfuerzo.

**LUIS BOSCH C.**

## P É R D I D A

Se ha perdido un reloj de pulsera de señora de oro con cadena del mismo metal, en el trayecto comprendido entre las calles Gerona y Maragall, desde el cruce Médicos hasta Eras.

Se gratificará su devolución en calle Gerona Núm. 38.